

## II

## DEL MISMO Á LA MISMA

Tejería, 8 de Junio.

Esposa mía de mi alma:

Hemos tenido un camino dichoso. Si se exceptúan el calor, los mosquitos, el cansancio, la incertidumbre del porvenir y algunos otros particulares, todo es perfecto en el mejor de los mundos posibles. ¡Loado sea Dios! Los auxilios que nos proporcionaron los buenos cordobeses y el cambio de escolta han sido de excelente agüero para nosotros; ya no nos atosigan para que andemos más aprisa que una locomotora; ya no nos falta el necesario sustento, ya parecemos personas y no presidiarios.

Como te figurarás, el famoso Inclán ha hecho nuestras delicias. Ayer nos contaba el paso del loro, que no deja de tener su gracia. Siendo reaccionario y ayudante de Miramón, Pepe Inclán dió tales disgustos á su jefe, le molestó tanto é hizo tales trastadas, que el presidente no tuvo otro remedio que desterrar al loquinario á la sierra de Puebla, al lado de Oronoz.

Habían pasado varios meses sin que Miguel maliciara que existía Inclán, cuando cátrate que una mañana recibió Concha Lombardo, la esposa del general, un loro que le

enviaba de regalo persona desconocida. Era un perico grandullón, de plumas erizadas, de ojos rojizos que revelaban desconfianza, rehacio á las caricias, disgustado ante las sopas, desdeñoso á la bebida y dispuesto á la riña, para la cual parecía como si afilara las uñas agudísimas y el corvo y reluciente pico. Mandaron el loro al comedor, y nadie volvió á acordarse de aquel huésped silencioso. Llegó Miguel á medio día; empezó á comer y como no hablaba, preocupado quizás por algún negocio que le trajera intranquilo, guardaban silencio la esposa, los niños, los ayudantes y los criados. De repente el perico se esperezó, miró al sesgo, lanzó un gruñido, y luego, claro y distinto, gritó con todas sus fuerzas:

— Miramón, acuérdate del pobrecito Pepe Inclán.

Y «Miramón, acuérdate del pobrecito Pepe Inclán» estuvo repitiendo durante la hora de la comida, y repitió en la de la cena y en la del desayuno y en todas las horas, al grado que el cuitado presidente ya no se acordaba de Degollado, ni de Ortega, ni de Márquez, ni de Echagaray ni de Cristo que lo fundó y tuvo que consentir en que volviera Inclán á México...

Pero esa hazaña nada vale en comparación de la del cinco de Mayo. Inclán y su amigo Néвраumont recibieron orden de salir para Puebla; ocurrieron al Ministerio y allí les entregaron sus pagas de marcha; pero los excelentes oficialitos dilapidaron el dinero y se quedaron en la

ciudad. Supo el caso don Manuel Doblado, mandó llamar á los muchachos, les dió una cuarta parte de otra paga y les determinó se marcharan en seguida, so pena de enviarles atados de pies y manos y con orden de que les colocaran en las trincheras. Obedecieron los tunantes aquellos y se presentaron á Zaragoza el día cuatro de Mayo á la media noche.

— No tengo lugar para ustedes, no tengo nada, todo está ocupado; pero, en fin, preséntense en la brigada de caballería... en la brigada de Antonio Álvarez.

— Mi general, si no tenemos caballos...

— No sé, no me importa, respondió don Ignacio... A ver qué hacen, á ver qué les ocurre.

Como se les había ordenado, se presentaron á Alvarez al día siguiente, y don Antonio, que estaba ocupado de veras, se limitó á mandarles que se colocaran al frente de la tropa que iba á cargar, pues se figuraba que irían provistos de lo que habían menester.

— Mi general, no tenemos caballos, respondieron los traviosos oficiales.

— No me importa; me les mandan y yo les coloco donde debo colocarles.

— ¿Pero, sin caballos?

— Se montan en un popote y van á su sitio.

Y en efecto, cuando la caballería de Álvarez cargó contra la retaguardia francesa, iban al frente de las tropas

Pepe Inclán y Névraumont, montados en popotes y llevando otros popotes empuñados para empezar el ataque.

Pero la hazaña estuvo á punto de costarle la vida á Inclán. Tan pronto como vió que un cazador de Africa caía al suelo, se montó en el caballo, recogió la *calotte* que había dejado un zuavo, y vestido con sus pantalones bombachos, su dormán negro y sus polainas se dió á recorrer la línea excitando á las tropas. Apenas le vieron los chinacates y empezaron á decir á voces:

— ¡Un zuavo, un zuavo! ¡muera Francia!

— ¡Hijos, soy yo, soy yo, el comandante Inclán!

— ¡Mentira! ¡á él; abajo!...

— ¡Hijos, por Dios!...

Fué necesario que ocurriera á salvarle un jefe que le conocía; de otro modo la habría pasado muy mal.

Veracruz, 9 de Julio.

En estas y las otras llegamos á Tejería, de donde nos transportaron á Veracruz en el ferrocarrilillo que hay en servicio. Somos 467 jefes y oficiales, de teniente coronel abajo, y en el puerto nos encontramos á todos los generales, que son diez ó doce.

Mendoza, el loco Mendoza, ya sabes, nos recibió con un enorme sermón. Eso era lo que esperaba, que estuviéramos firmes y sin desertarnos; eso era lo que mandaba el honor militar; eso era lo que la patria nos exigía; eso era

lo que debían haber hecho los perjuros que se escaparon... Ciertó que no habían dado palabra; pero las leyes de la guerra son las leyes de la guerra y... ¡Ah! ¡y si el insigne general supiera que no nos habíamos fugado sólo porque no habíamos podido!...

Don José María estaba para dar gusto. Sus botas, aquellas botas que eran respecto de todas las botas del mundo, como prefiguración y símbolo, su sombrero montado, su levita de vuelos y su voz y su mirada y su actitud y su gesto eran para infundirle risa á cualquiera.

— Pollo, me dijo llamándome aparte; le veo medio ali-caído: eso no está bien... ¡Qué mujer, ni qué hijo, ni qué ocho cuartos! Primeró es el deber y el decoro militar... Nosotros tenemos que volver por acá con todos los honores... con todos los honores... de mi cuenta corre... Que llegue yo á París, que hable con cierta personita, que le refiera lo que hemos hecho, y puede estar seguro de que nos irá de perlas... de mi cuenta corre... Pero no hay que amilanarse ni que colgar el pico... ¡Qué diablo; de menos nos hizo Dios!...

Y se fué á repartir consuelos á diestra y siniestra, participándole á todo el mundo que luego que hablara á la famosa personita todo quedaría como un cabello. Inclán, que se ríe de todo, cree que la personita de que habla Mendoza es el director de algún manicomio; pero

yo, al ver su confianza, pienso que algo habrá de verdad donde tan seguramente habla del caso.

— No te canses, dice Pepe; él y yo vamos á ser los beneficiados: entramos al más lucido manicomio de París y ustedes se limitan á pasar por un tonticomio, que es lo que les conviene por andarse creyendo en palabras de Mendoza.

Al llegar á la Heroica ya nos aguardaba un buen golpe de gente que al principio nos vió con sorpresa, pero que pronto empezó á manifestarnos su buena voluntad. Nos obsequiaba con tabacos, dulces, dinero y hasta ropas, nos estrechaba la mano y nos miraba con inmensa simpatía. Una jarochita de ojos de brasa y cachirulo dorado fué la primera que soltó un «¡Vivan los vencidos de Puebla!» que nos llenó el alma de alegría. A ese grito siguieron otros y otros más, gritos en que palpitaban el cariño hacia la patria y el odio á la gentuza que nos conducía. «¡Viva México libre!» «¡Viva González Ortega!» «¡Viva Juárez!» «¡Viva Mendoza!» «¡Viva Berriozábal!» «¡Viva Llave!» «¡Viva Porfirio Díaz!» eran las voces que se escuchaban, con acompañamiento de una que otra piedra dirigida á los simpáticos salvadores de nuestra nacionalidad. Los franceses se espantaron, quisieron deshacer aquella reunión que se les figuraba anárquica y subversiva, trajeron su artillería, la abocaron en la plaza de armas y en la del muelle, disolvieron los grupos á culata-

— ¡Viva México libre! ¡Viva González Ortega! ¡Viva Juárez!...



zos y determinaron empezar el embarco sin pérdida de tiempo. A nosotros nos metieron en el *Darien*, que nos condujo hasta el surgidero de Sacrificios. Dicen que nos llevarán después á otra fragata que será la que nos conduzca á tu Europa de tu alma.

De todo te dará cuenta tu

*Miguel.*

DEL MISMO Á LA MISMA

24 de Junio de 1863.

Génie de mi corazón: como conozco la entereza de tu ánimo, te refiero todo cuanto me ha acontecido sin quitar punto ni coma, pues sé que no porque te enteres que soy momentáneamente desventurado vas á poner el grito en el cielo ni á desgñarte creyendo que no me volverás á ver ni á gozar de mi compañía. Esto no puede durar, no puede ser constante, no puede prolongarse mucho tiempo: se necesitaría volver de revés el eje moral del mundo para que fueran eternas estas espantosas subversiones de la justicia.

En mi anterior no te conté algo que vale la pena que conozcas porque te dará idea del temple de la gente. En el momento que los franceses nos reunieron en la playa á fin de hacer un postrer recuento, Inclán se puso en primera fila, alzó la cabeza, tosió, carraspeó, movió los

brazos y empezó á cantar el himno nacional. Tú, que te burlas tanto de esa música santanista, de ese salmo de iglesia protestante, de esos versos macarrónicos, rípidos y faltos de inspiración, te habrías conmovido oyendo primero la vibrante voz de Inclán, luego el coro de cuarenta ó cincuenta jefes que con él cantó y al fin el caudal de quinientas ó seiscientas voces que repetía estrofa por estrofa aquella invocación á la patria, aquel saludo á la patria, aquella promesa á la patria de morir por ella. En las estrofas del himno pasaban el panorama de México con sus montes altísimos, con sus valles ubérrimos, con sus ciudades, con sus iglesias, con sus conventos, con sus casas viejas y roñosas, con sus hombres, con sus mujeres, con sus preocupaciones, con sus odios, con sus placeres y con sus penas. No eran los versillos de Bocanegra los que lanzaban nuestras bocas, eran los de un canto nuevo, extraño, doloroso y grande. Adiós á nuestra patria oprimida, adiós á nuestras familias abandonadas, adiós á la vida libre, adiós á todo lo amado, á todo lo que habría hecho nuestra delicia... Y el coro repetía aquellas cosas, y recalca la estrofa haciendo acudir el llanto á nuestros ojos, y sentíamos toda la amargura que encierra el abandonar la patria llevados por la fuerza de una invasión desatentada... Todos cantaban, todos lloraban y hasta en el cordobán que el gran Mendoza tiene por piel del rostro, ví lágrimas que me hicieron comprender que en el inte-

rior de este hombre hay algo más que ordenanza y táctica, y que quizás existe un alma capaz de conmoverse y de querer...

No quedamos en el *Darien*; éste se destinó á los sesenta y cuatro coroneles y generales con sus Estados Mayores;



á nosotros se nos mandó á la fragata *Cérès*, que, si no lo sabes, está destinada á conducir deportados á Cayena. Poca es la diferencia; entre los criminales de grillete y los defensores desgraciados de una patria debilitada y pobre, apenas pueden los franceses establecer matiz alguno. Allá ellos.

Al llegar á la *Cérès* se nos introdujo á los calabozos que frecuenta lo más escogido de la delincuencia europea. Son pequeños espacios en que no se ve ni para remedio un asiento, una cama, un mueble cualquiera; por toda gala nos repartieron, al llegar, unas cuantas hamacas; pero

como las tales hamacas son pocas y nosotros somos muchos, tenemos que turnarnos á fin de gozar por igual de la única ventaja que nos han otorgado los hidalgos representantes de la hidalguísima nación francesa. Cuando no alcanzamos hamaca dormimos en el duro suelo, soportando los tumbos que á la embarcación le place.

El diez de Junio nos dimos á la vela para Francia, pues aunque la *Cérès* es un vapor de buen andar se procura la economía de combustible y se camina poco á poco izando las velas, que nos dan idea de lo que deben de haber pasado nuestros insignes antecesores, los galeotes, pues sólo nos falta que nos coloquen en los duros bancos de una galera turquesca para que parezcamos personajes de romance de Góngora y Argote. Sin embargo, la semejanza no deja de existir, pues nos vemos

A los hierros de una reja

La turbada mano asida,

como el protagonista de la bella poesía de don Luis.

Has de saber que nuestro navío tiene calabozos, rejas y toda la *mise en scène* que es del caso, así es que del espectáculo del mar en calma ó alborotado, de las puestas del sol, de los cambiantes de la atmósfera y de la manera con que se dibujan las costas á los ojos de los pasajeros, podemos decir tanto como del paraíso de Mahoma. Lo

más que nosotros conseguimos al acercarnos á los hierros de nuestra prisión es ver una poca de agua sucia y borbotante, á veces llena de espuma y á veces cortada por trozos de cualquier cosa informe que pasa violentamente, y tan cerca de nosotros, que creemos podríamos cogerla con la mano. Sólo nos da idea del mar algún pez de más ó menos porte que suele deslizarse al alcance de nuestra vista. Si esperabas, pues, descripciones á lo Lamartine ó á lo Teófilo Gautier, has perdido tu tiempo, pues esto es algo menos que una prisión; es un baúl que apenas tiene á nuestras órdenes una hendedura por la cual podemos arriesgar un ojo.

En un pedacillo de veinticuatro metros estamos juntos treinta y ocho oficiales; no hay, pues, lugar de emprender grandes paseos, ni de darse el gusto de caminar en uno ú otro sentido: tenemos que estar acostados ó sentados, y cuando la mayoría se pone en pie y viene el más insignificante tumbo de la embarcación, allí es el caerse, el golpearse, el derrumbarse y el darse más encontrones que era menester.

El día catorce tuvimos algo que nos causó positivo dolor. Un excelente muchacho llamado Pedro Reguera, perteneciente al segundo mixto de Veracruz, empezó á sentirse mal: no le hacían buen estómago los frijoles y las lentejas agorgojadas, ni gustaba de la carne manida, ni podía resignarse á comer las mil inmundicias que nos

arrojan nuestros carceleros; la disentería comenzó á manifestarse con todos sus horrores, y á los dos días de navegación no cabía duda de la suerte que le aguardaba; ya no podía mantenerse en pie, tenía fiebre altísima, no soportaba nada en el estómago y deliraba sin cesar. Su idea era que se encontraba en herraderos, que coleaba, que lazaba, que echaba peales, que hacía, en fin, lo que había hecho en el oculto ranchuelo en que había pasado su vida.

Le dimos aviso al jefe encargado de nuestra custodia, y á las veinticuatro horas entró en nuestro albergue acompañado de un viejo de barbas amarillentas, tez amarillenta, ojos amarillentos y espejuelos amarillentos, que se cubría con un paletot flácido y caído, también de color amarillento, como los zapatos y el sombrero del extraño vejstorio.

— Sí, sí, dijo mascando un purillo del matiz de su persona. Sí, se trata de una disentería de los trópicos: hay todo el cuadro característico de esta clase de enfermedades; lengua saburrosa, hígado abultado, meteorismo, fiebre, delirio... Está bien; acá mando unas cucharadas y unas píldoras... Que beba un poco de vino con agua, y que se prepare al último trance... Ya vendrá el limosnero... Las píldoras se darán cada media hora, la bebida cada dos horas...

Y luego, dirigiéndose al capitán encargado de cuidarnos, le dijo negligentemente: